

DE ALACRÁN AZUL A APUNTES POSMODERNOS:  
EXILIO, ETNICIDAD Y DIÁSPORA CUBANA<sup>1</sup>

POR

IRAIDA H. LÓPEZ  
*Ramapo College of New Jersey*

En conjunto, más de treinta revistas culturales dirigidas por cubanos han sido lanzadas desde los años sesenta en diversas ciudades norteamericanas, especialmente en Miami y Nueva York.<sup>2</sup> Adoptando un modelo de revista cultural de larga tradición en Cuba y América Latina, la mayoría de las publicaciones ha combinado el marcado interés en la literatura y el arte con la preocupación social y política. No cabe duda de que se trata de un voluminoso *corpus* literario que amerita la atención del investigador. Sin embargo, debido quizás a la engorrosa tarea de revisar página tras página de las más de treinta revistas publicadas a lo largo de más de treinta años, esta colección de publicaciones ha recibido escasa consideración. Aparte de breves comentarios sobre las mismas que aparecen en el libro *Havana, USA* (195-207), de María Cristina García, las revistas publicadas sólo en Miami han sido el tema de un artículo de Ivette Leyva Martínez incluido en *Encuentro de la cultura cubana*, que publicó, además, un cuidadoso estudio de Jesús J. Barquet sobre la generación del Mariel y la revista homónima de los años ochenta. De mayor brevedad aun es un ensayo de Leonel de la Cuesta sobre las revistas de los primeros veinte años.

Recientemente, he tenido la oportunidad de revisar la mayor parte de este archivo del exilio y su secuela que constituyen las revistas literarias.<sup>3</sup> Sus páginas reflejan, como pocos documentos, la diversidad y el espectro ideológico que subyacen bajo la imagen todavía esencialista de la comunidad cubana en los Estados Unidos. El propósito de este trabajo

---

<sup>1</sup> Una versión inicial de este trabajo fue presentada en el XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas celebrado en Nueva York del 16 al 21 de julio del 2001. Una segunda versión, más completa, se leyó en el Primer Encuentro de Escritores Cubanos del Exilio "Con Cuba en la distancia" celebrado en Cádiz, España, del 6 al 9 de noviembre del 2001. El Professional Staff Congress (PSC) de la City University of New York (CUNY) me concedió una beca para llevar a cabo la investigación en la colección cubana de la Biblioteca Otto Richter de la Universidad de Miami y en la Biblioteca Pública de Nueva York.

<sup>2</sup> Ver Esperanza Bravo de Varona, *Cuban Exile Periodicals at the University of Miami Library: An Annotated Bibliography*. Madison: Secretariat, Seminar on the Acquisition of Latin American Library Materials, Memorial Library, University of Wisconsin-Madison, 1987.

<sup>3</sup> Excluyo de este estudio la importante revista *Cuban Studies/Estudios cubanos* por su claro perfil académico. Para una valoración de esta revista ver Jorge I. Domínguez, "Cuban Studies: un esfuerzo académico en un contexto politizado y polémico", trabajo presentado en la Vigésima Tercera Reunión de la Latin American Studies Association, 7 de septiembre de 2001.

no es, sin embargo, demostrar esa escamoteada diversidad de opiniones. Me he acercado a las revistas con la intención de identificar las también disímiles propuestas sobre la identidad que se traslucen en sus páginas a través del tiempo transcurrido desde los sesenta. El trabajo gira, entonces, alrededor del tema de la identidad cubana o cubano-americana, visto a través de las publicaciones periódicas de extramuros. Como es sabido, el tema de la identidad ha sido objeto de múltiples análisis, entre los que se destacan, en los últimos años, el de Gustavo Pérez Firmat, *Life on the Hyphen. The Cuban-American Way* (1994) y algunos de los ensayos recopilados tanto en *Puentes a Cuba/Bridges to Cuba* (1995) editado por Ruth Behar como en *Cuba: The Elusive Nation* (2000), al cuidado de Damián Fernández y Madeline Cámara.

Como era de esperar, el tema de la identidad ha cobrado vigor con los años, a medida que la contundencia de la diáspora se ha hecho patente y se ha reafirmado. En un principio, en los años sesenta, apenas hubo reflexiones circunscritas a la identidad, pues ésta se hallaba superpuesta metafóricamente al territorio que histórica y geográficamente le correspondía según las pautas clásicas de la identidad nacional: se era cubano, sin guión, y la cultura cubana fluía desde la isla. A partir de la década del setenta, sin embargo, empieza a aludirse a una identidad ya híbrida representada más tarde por el término cubano-americano, alusión que casi siempre nos remite a los argumentos esgrimidos por la sociología del *mainstream* norteamericano para explicar la evolución experimentada por los inmigrantes en este medio: de exiliado o inmigrante a miembro de una comunidad étnica particular en la sociedad multicultural estadounidense. Un estudio representativo de esta visión, posterior a algunos de los artículos que aparecieron sobre este tema en las revistas, es el libro de Pérez Firmat ya mencionado, que reclama una identidad bicultural para la generación “una y media” a la que él pertenece—aquéllos que salieron de Cuba de niños o adolescentes—, al mismo tiempo que predice la pérdida de la cubanidad en favor de una identidad étnica en generaciones posteriores a la “una y media”.

Últimamente, ha empezado a emplearse el término *diáspora* para referirse no sólo al hecho constatable de la dispersión de los cubanos por todo el mundo, sino también a una interpretación de “lo cubano” tolerante de la heterogeneidad, la taxonomía y la desterritorialización dentro de esa clasificación. Tal parece que los tan diversos lugares de residencia de Zoe Valdés (en París), René Vázquez Díaz (en Estocolmo), Eliseo Alberto (en Ciudad de México), y Jesús Díaz (fallecido hace poco en Madrid), escritores que en su mayoría salieron de Cuba en la última década, obliguen a reconocer lo dispersa que fue la emigración desde un principio, como atestiguan los casos de Cabrera Infante (en Londres), Gastón Baquero (en Madrid), Lydia Cabrera (en Miami), Calvert Casey (en Roma) y Severo Sarduy (en París). Pero además de la constatación de la dispersión, se ha utilizado el vocablo *diáspora* para denotar otras maneras de imaginar la pertenencia a esa comunidad “imaginada” que es la cubana. Hacia esta última definición se encaminan, en efecto, las lucubraciones aparecidas, desde distintas perspectivas, en artículos de los años noventa de escritores cubanos o de origen cubano interesados en la temática como Ruth Behar, Ambrosio Fornet, Víctor Fowler, Adriana Méndez Rodenas y Rafael Rojas. Ese sentido de *diáspora* es el que me interesa explorar en este ensayo.

El propósito del trabajo es, entonces, rastrear las sensibilidades de exilio, minoría étnica y diáspora en las revistas culturales publicadas fuera de Cuba, en especial en Estados

Unidos, donde residían, al cierre del siglo xx, 1.2 millones de personas de origen cubano, cifra que representa una emigración sin precedentes en la historia de Cuba.<sup>4</sup> Como términos que encierran una retórica o poética, exilio, etnicidad y diáspora son categorías útiles para definir algún momento de la historia de grupos de escritores cubanos en el exterior y de la comunidad de la que forman parte. Ya Rafael Rojas, en un artículo reciente, discriminaba entre las etapas correspondientes en estos términos:

Desde mediados de los 80 los autores cubano-americanos abrieron un campo literario que rechaza la idea de *exilio*, por su infatuada política de la nostalgia; ahora, a fines de los 90, ese campo literario, en tanto figuración de un *etnos* minoritario dentro de los Estados Unidos, probablemente se cierre ante la emergencia de poéticas diaspóricas, cuya representación de la frontera es más móvil, desterritorializada y, en resumidas cuentas, más cosmopolita (138).

Rojas observa que el grupo de escritores cubano-americanos constituido por, suponemos, Gustavo Pérez Firmat, Pablo Medina, Elías Miguel Muñoz, Virgil Suárez y otros, reaccionaron en los 80 contra la mística del exilio de generaciones anteriores, pero ahora han sido superados por una “poética diaspórica” menos aferrada a una identidad (o a un territorio) demarcada por lindes precisos. A esta sutil observación habría que objetarle solamente que esa “poética diaspórica”, en tanto representación de fronteras móviles, venía anunciándose desde unos años antes de los apuntados, más bien desde mediados de los noventa, en las revistas.<sup>5</sup> Además, que los inicios de la expresión de esa poética se deben también a escritores cubano-americanos de la misma generación que los ya mencionados. Ser miembro de “un *etnos* minoritario dentro de los Estados Unidos” no excluye necesariamente la posibilidad de articulación con la lógica y la visión del mundo de la diáspora.

La temporalidad característica de la revista cultural ayuda a ubicar cronológicamente las propuestas que aportan perspectivas novedosas o diferentes a las que venían manejándose sobre la identidad, convirtiendo a estas publicaciones en un medio idóneo para descubrir las huellas de las cambiantes sensibilidades a través del tiempo. Roberto Fernández Retamar, hacedor y buen conocedor de revistas hispánicas, ha apuntado que este tipo de publicación periódica está “maridada ... con el tiempo” (13), vive atenta al presente, sostiene un “evidente diálogo con el tiempo” (14) y representa “momentos de un itinerario” (15). Aparte de esa estela que continuamente van dejando, otra ventaja que ofrece la revista para este estudio en especial es su carácter colectivo, en el doble sentido de que reúne una serie de textos de distintos autores y de que es, casi siempre, la obra de un equipo (15-16). Por estos dos motivos –la manera singular, inmediata, en que recoge las inquietudes de una época y la dimensión colectiva–, la revista es un instrumento útil para detectar las subjetividades exílicas, minoritarias o diaspóricas a través de los años.

<sup>4</sup> Ver Lisandro Pérez, “De Nueva York a Miami: El desarrollo demográfico de las comunidades cubanas en Estados Unidos”, *Encuentro de la cultura cubana* 15 (1999-2000), 13-23.

<sup>5</sup> Esta actitud es quizás parte de un signo de los tiempos actuales, ya que se manifiesta también en escritores jóvenes de otros grupos minoritarios hispanos en los Estados Unidos. Ver, por ejemplo, Ada Fuentes, “Más allá de la estética nuyoricana y la guagua aérea: la narrativa de Abraham Rodríguez, Jr.”, *Diálogo* (Center for Latino Research, DePaul University) 5 (Winter/Spring 2001): 20-25.

En la década del sesenta y el setenta, por lo menos quince revistas de calidad y duración desiguales aparecieron en Miami, Nueva Jersey y Nueva York. Algunas, como *Alacrán azul* (1970-71), *Cuadernos desterrados* (1964-66) y *Revista cubana* (1968), entre otras, fueron editadas por escritores de una generación que ya se había dado a conocer en la isla, como José Antonio Arcocha y Eugenio Florit. Apenas había preocupación sobre la identidad en estas primeras revistas, algo lógico si comprendemos que la retórica de exilio no contemplaba, en realidad, el cuestionamiento o la “pérdida” de la identidad. Otras, entre ellas *Cubanacán* (1974), *La nueva sangre* (1968-74), *Areíto* (1975-84) y *Nueva generación* (1965-79), fueron fundadas por grupos de jóvenes cubanos del exilio, entre los que se encontraban Omar Torres, Iván Acosta, Dolores Prida y Lourdes Casal. Es en estas publicaciones, las de la generación inmediatamente posterior a la del exilio, donde empieza a indagarse sobre los temas de la identidad. Debido a la llegada de numerosos escritores y artistas que salieron de Cuba por el puerto del Mariel en 1980 o por otras vías, por lo menos nueve revistas, entre las que se encuentran *Mariel* (1983-85), *Linden Lane* (1982-presente), *La Nuez* (1988-93), *Término* (1982-84 ?) y *Unveiling Cuba* (1982-85 ?), las dos primeras asociadas a Reinaldo Arenas y Heberto Padilla, entre otros, se sumaron a las anteriores y los lugares de publicación se extendieron a San Francisco y Ohio. Los noventa presenciaron la puesta en marcha de un puñado de cuadernos, entre ellos *Postmodern Notes/Apuntes Posmodernos* (1990-presente), dirigida por José A. Solís y otros académicos y la aparición, en España, de *Encuentro de la cultura cubana* (1996-presente), bajo la dirección de Jesús Díaz.<sup>6</sup> También hay que celebrar la aparición, en esta década, de revistas en la Internet, como *La Habana Elegante* y, en una primera etapa por lo menos, la *Revista Cultural Baquiana*.

Las revistas fueron un lugar de reunión para escritores cubanos de primer orden como Severo Sarduy, Lydia Cabrera, Jorge Mañach, Enrique Labrador Ruiz, José Kozler, Calvert Casey, Lino Novás Calvo, Guillermo Cabrera Infante y Antonio Benítez Rojo, para mencionar sólo unos cuantos, con poetas, narradores y ensayistas de hornadas posteriores como Dolores Prida, Mireya Robles, Roberto G. Fernández, Octavio Armand, Manuel Cachán, Lourdes Gil, Emilio Bejel, Carlos Alberto Montaner, Eliana Rivero, Maya Islas, Román de la Campa, Gustavo Pérez Firmat y muchos otros.

En más de una oportunidad, se publicaron textos inéditos o de aparición simultánea de autores reconocidos. El primer número de *Término* en 1982 publicó un fragmento de *Otra vez el mar* (1982), de Arenas; en *Mariel* en 1984 (Año II, No. 5) apareció un texto de Sarduy que formaría parte de *Colibrí* (1984); y en un número del 82 (5.1-2), *Escandalar* dio a conocer un ensayo de Cabrera Infante “Entre la historia y la nada (notas sobre una ideología del suicidio)” que después sería incluido en *Mea Cuba* (1993). Todas ellas se integraron a una “comunidad imaginada”, consciente de la coexistencia de las publicaciones, hecho que puede comprobarse en la sección de anuncios, de libros y revistas recibidos, en las notas sobre eventos y actividades culturales auspiciadas por las heterogéneas instituciones y editoriales del exilio y, en sonadas ocasiones, en las controversias provocadas por artículos publicados en algunas revistas que suscitaban la reacción de otras. Cuando se revisan las publicaciones de los años sesenta y setenta, lo primero que salta a la vista es el apasionamiento que suscita el tema de Cuba y la revolución cubana. Así como la razón de

<sup>6</sup> No he tenido la oportunidad de revisar aún *Ujule* y *Catálogo de Letras*, dos revistas comentadas por Leyva Jiménez.

ser de las revistas cubanas en los Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XIX era, según el historiador Louis A. Pérez, la consecución de una “Cuba libre” desde toda una gama de posiciones ideológicas y “manifestaciones programáticas” (44), las primeras revistas del éxodo del siglo XX giraban en torno al tema de la nación “traicionada”, también—este hecho merece enfatizarse— desde distintas posiciones políticas e ideológicas.<sup>7</sup>

Aparte del vedado retorno que marca la experiencia de todo exiliado y que se manifiesta en las revistas a través del antagonismo vertical desde la distancia y la fabulación del pasado, hay varios elementos que ilustran, en mi opinión, el profundo sentido de exilio, entendido como oposición política, de la primera ola de emigrados. Esbozaré dos de esos elementos. Uno de ellos es la doble sensación de exilio experimentada por muchos de los escritores que no simpatizaban ni con la revolución cubana ni con la política de izquierda prevaleciente entre los intelectuales latinoamericanos en las décadas de los sesenta y los setenta. La ilustraré con un ejemplo. *Escandalar* (1978-84), una revista de buena calidad dirigida por Octavio Armand, cuya junta editorial estaba integrada por Octavio Paz, Salvador Garmendía, Sarduy y otros, publicó en dos entregas aparecidas en 1980 y 1981, un reñido debate entre Angel Rama y Armand. En un texto presentado ante el PEN Club de Nueva York y publicado después en la revista, Armand condenaba la marginación de escritores cubanos del exilio de foros públicos como congresos, premios y editoriales, en los que escritores latinoamericanos progresistas o de izquierda parecían predominar, ejerciendo la crítica sólo sobre las dictaduras de derecha. Debido al ostracismo que esto traía como consecuencia, Armand y otros escritores cubanos se referían al doble o múltiple exilio, experimentado tanto al exterior de Cuba como al interior de su politizada profesión. El escritor resumía el dilema con estas palabras: “Un escritor cubano no es únicamente exilado de su país sino que es también exilado del exilio latinoamericano” (87). Armand citaba a propósito un ensayo de Angel Rama sobre el exilio en el que no se mencionaba siquiera el caso cubano. Posteriormente, Rama escribió un largo artículo que publicó *Escandalar* en el que reconoció “un apreciable margen de verdad” en las palabras de Armand. Rama advertía que la omisión del caso cubano se debía a la esencia política de cualquier exilio, que crea divisiones insalvables entre ideologías rivales. Esta polémica, que hoy en día parece un poco fuera de lugar en un mundo que se rige por paradigmas no tan transparentemente ideológicos o doctrinarios, era comprensible (aunque no justificable) bajo el clima de la Guerra Fría que, como señaló Rama en *Escandalar*,

<sup>7</sup> Hay cierta tendencia a clasificar el exilio cubano, en especial la primera ola de emigrados, de forma homogénea. Es cierto que en su mayoría tenían un nivel socioeconómico más bien alto. Y es verificable en las revistas la enorme presión a conformar un bloque ideológico reaccionario y anticomunista definido en contraposición con cualquier otra postura que, independientemente de sus especificidades, era tildada de “comunista”. No obstante, en las revistas se refleja una variedad de posiciones ideológicas, de la que sirve de ejemplo la propuesta de Juan J. Remos en el segundo número de *Cuadernos desterrados* favoreciendo la intervención armada en la isla, por un lado y, por otro, la insistencia en identificar “terceras vías”, como hacían los editores de *Nueva generación* desde una perspectiva social-demócrata. Al otro extremo estaba *Areíto*, que simpatizaba con la política social de la revolución y promovía el diálogo entre los cubanos de ambos lados del estrecho de la Florida. En su estudio sobre los cubanos en Estados Unidos, María Cristina García precisa que aun a principios de los sesenta, había tres grandes bloques políticos, que identifica de derecha, centro e izquierda y que había unos cincuenta grupos políticos distribuidos entre las tres categorías generales (123).

determinaba una política partidaria. Rama citaba a propósito las palabras de Drummond de Andrade: “Este es un tiempo de hombres [-]partidos” (80), de seres que actuaban en nombre de la doctrina.

No era la primera vez que el tema de la exclusión salía a relucir en las páginas de las revistas. También Alberto Baeza Flores lo había tratado en un artículo publicado en *Cuadernos desterrados* (1964-66), una de las revistas dirigidas por Mauricio Fernández, que trataba sobre un congreso de escritores celebrado en Génova en la primera mitad de la década del sesenta. En el Congreso participaron escritores “marxistas-leninistas” como Miguel Ángel Asturias, Ángel Rama, Roa Bastos, Salazar Bondy, Fernández Retamar y Cintio Vitier, quienes ejercían, según Baeza Flores, una gran influencia en “editoriales, ediciones, congresos, organismos, becas e instituciones culturales del ‘Mundo Libre’” (17). La declaración final del Congreso, que se pronunciaba en apoyo a la revolución cubana, era una “prueba” de la exclusión de aquéllos que sustentaban opiniones contrarias.

El gran malestar de Octavio Armand y de Baeza Flores, extendido a otros escritores cubanos, se derivaba en parte del prestigio continental e internacional que las instituciones culturales cubanas—especialmente Casa de las Américas—, las casas editoriales y las revistas culturales habían adquirido durante las décadas del sesenta y el setenta, cuando todos estos esfuerzos habían elevado a un nivel superior la actividad cultural y editorial cubana y latinoamericana.<sup>8</sup> Estos esfuerzos fueron tan exitosos que en un artículo publicado en 1981, Roberto González Echevarría señaló que Cuba había estado “en el centro de la actividad cultural en el mundo hispánico durante los últimos veinte años, de tal manera que cuando se estudia la literatura o la crítica cubana nos enfrentamos con la problemática más apremiante del campo hispánico” (2).<sup>9</sup> Todo parece indicar que los escritores e intelectuales latinoamericanos, algunos de los cuales habían sido exiliados por regímenes de derecha, en general se solidarizaban con Cuba y su política cultural y se mantenían distanciados de los escritores cubanos que habían abandonado la isla. Es contra este telón de fondo que debe entenderse el sentido de múltiple exilio de los escritores cubanos. El panorama cambiaría años más tarde cuando se produce el éxodo del Mariel en el ochenta que, tras “el caso Padilla” a principios de los setenta, empezó a producir grietas en el apoyo hacia la revolución entre las filas de intelectuales latinoamericanos y del mundo entero.

Con incansable ahínco, los escritores cubanos trataron de romper su aislamiento a través de una variedad de estrategias, tales como publicando revistas, instituyendo premios y becas, denunciando en foros públicos la censura y la represión en Cuba, promoviendo escritores víctimas de algún tipo de persecución en Cuba, o simplemente reclamando el reconocimiento. Muchas de estas actividades se reportaron en las revistas. Por ejemplo,

<sup>8</sup> Para un estudio de la revista *Casa de las Américas* ver Luisa Campuzano, “La revista *Casa de las Américas*, 1960-1995”, *Nuevo Texto Crítico* VIII.16-17 (1995-96): 215-237. Este trabajo se reprodujo en Ambrosio Fonet y Luisa Campuzano, *La revista Casa de las Américas: un proyecto continental* (La Habana: Centro Juan Marinello, 2001), que incluye un artículo de Fonet sobre el mismo tema.

<sup>9</sup> En el original se lee que Cuba había estado “at the center of cultural activity in the Hispanic world for the last 20 years, so much so that when we study Cuban literature or criticism we are dealing with the most urgent problematics within the Hispanic field” (2). Ver también Ottmar Ette, “Un diálogo diferido: observaciones en torno a tres etapas del campo literario cubano en los siglos XIX y XX”, *Postmodern Notes* 4.2 (1994): 27.

en 1984 *Mariel*, la revista más importante lanzada por los escritores que abandonaron la isla por el puerto de Mariel, una de varias que hicieron rebrotar el fervor anticastrista en la comunidad de escritores cubanos en los Estados Unidos, difundió una carta dirigida al productor Joseph Papp firmada por cerca de ochenta escritores, artistas e intelectuales del exilio cubano en protesta por la exclusión de dramaturgos y grupos de teatro cubanos del exilio del festival de teatro latinoamericano de compromiso social que Papp organizaba año tras año. Los firmantes acusaban a Papp de ejercer la censura ideológica y ofrecer una visión parcial de la producción teatral hispana al marginar a escritores que mantenían otra posición política.

El segundo elemento seleccionado para ilustrar la etapa exílica es el uso político de la literatura. La literatura servía de instrumento para hacer o deshacer reputaciones, como se aprecia en escritos de Arenas o Cabrera Infante. Para algunos escritores, militar en el partido opositor entrañaba la merma de valor literario; en la oposición no podía haber buenos escritores, sino solamente escritores mediocres que se beneficiaban de la alianza táctica con el poder.<sup>10</sup> La política se convertía en un filtro crítico que cernía sólo la literatura de los correligionarios. Asimismo, la literatura se usaba para fortalecer argumentos políticos. De esto ofrezco un ejemplo. Un número correspondiente al año 1972 de la revista *Círculo* (1963-presente), órgano de la institución académica Círculo de Cultura Panamericano de Nueva York, publicó, de la poeta Pura del Prado, una evocación lírica de un vecindario en Santiago de Cuba donde transcurrió su niñez. El relato “La calle Padre Pico” reconstruye nostálgicamente un mundo de armonía racial y social en la manera en que muchos escritores emigrantes rememoran un pasado idílico en su país de origen. El relato no tendría mayor trascendencia si no fuera porque “la redacción” de la revista decidió añadir una nota indicando que, en contraste con las “mentiras” publicadas en revistas norteamericanas como *Life*, *Time* y *Harper’s* sobre las miserias de la vida diaria en la Cuba prerrevolucionaria, el relato de Del Prado demostraba la armonía entre las razas y las clases sociales que prevalecía en la Cuba de ayer. Así, este relato y la literatura por extensión se convierten en un arma en la lucha por la representación de la “verdadera” realidad cubana.

La supeditación de la literatura a intereses políticos inmediatos es parte innegable de la cultura política promovida por muchas revistas del exilio –aunque hubo también muchas excepciones. Sin duda, algunos escritores adoptaron como baluarte la defensa pública de la libertad individual en Cuba recurriendo a ataques personales, como el Cabrera Infante de los ensayos reunidos posteriormente en *Mea Cuba*. Otros, sin embargo, se mantuvieron distantes del fragor de las polémicas que desató el tema de Cuba. Hubo escritores prominentes y proyectos editoriales que se mantuvieron al margen de la controversia política. Evitaron la denuncia cruda y sólo de forma artística integraron la reflexión sobre Cuba a su obra. Es el caso de Severo Sarduy, a juzgar por lo que aparece con su firma en las revistas publicadas en los Estados Unidos. Esto puede colegirse de los artículos “Como

---

<sup>10</sup> Ver, por ejemplo, Reinaldo Arenas, “La represión (intelectual) en Cuba” y “Los dispositivos hacia el norte” en *Escandalar* e Ismael Lorenzo, “Disidentes y diletantes” en *Término* 1.2 (1983). También en esta área hubo excepciones. Jesús J. Barquet, por ejemplo, salió a la defensa de Cintio Vitier y Fina García Marruz en *Mariel*, ofreciendo un sentido testimonio sobre la vida profesional de ambos inspirada en claros principios éticos.

una oruga que humedece el gris” sobre pintura cubana incluido en *Escandalar* o “Unidad de lugar” acerca de la figura de Calvert Casey en la revista *Linden Lane*, dirigida por Heberto Padilla. Hubo, entre las publicaciones periódicas, las que se limitaron exclusivamente a ejercer el oficio literario, excluyendo de sus páginas cualquier material de otro tipo y defendiendo así la autonomía de la creación artística. En esta línea se inscriben *Alacrán azul* (1970), dirigida por José Antonio Arcocha y Fernando Palenzuela; *Palabras y papel* (1981-88), cuyos editores eran José Corrales, Maya Islas y Mireya Robles; *Lyra* (1987-89), bajo la dirección de Lourdes Gil e Irida Iturralde; *La nueva sangre* (1968-74), entre cuyos directores se encontraba Dolores Prida; y *El gato tuerto* (1984-90), editada por Carlota Caulfield; hasta la actual *Revista Baquiana*. En los seis números de *Lyra* aparecieron figuras de la literatura universal como Elizabeth Bishop, Pietro Civitareale, Clarice Lispector y Elena Garro, así como los cubanos José Triana, Tony Mendoza, Magaly Alabau y José Kozer. Podría decirse que estas revistas se suscribían a la declaración publicada en el primer número de *Alacrán azul* de que “muy por encima de las guerras y los cataclismos, de los azarosos destierros y los campos de concentración –ya innumerables– debemos continuar publicando palabras que, aparentemente, nada tienen que ver con estas tenebrosidades de nuestro planeta...” (5). El sacrificio personal de los editores, que a menudo costeaban la impresión y la distribución, se hacía en nombre de la poesía.<sup>11</sup>

La sensibilidad de exilio se manifestaba tanto en las revistas de la primera ola de emigrados como en las que se fundaron en los años ochenta por escritores que salieron por el puerto de Mariel. Revistas como *Mariel* (1983-85, 1986-88), *Término* (1982-84?), dirigida por Roberto Madrigal Ecay y Manuel F. Ballagas, y *Unveiling Cuba* (1982-85?), bajo la dirección de Ismael Lorenzo hacen, en efecto, que haya un recrudescimiento de esa sensibilidad, esta vez de parte de escritores que habían sufrido en carne propia los excesos de la revolución y que, por lo tanto, los denunciaban con conocimiento de causa. En su artículo sobre *Mariel*, Jesús J. Barquet señala que los escritores de este grupo colocaron “el concepto de libertad y la crítica de toda represión o programa ideológico oficial en el centro de su poética” (116). Quizás lo que diferencia más radicalmente la militancia de los primeros

<sup>11</sup> Así se expresa Maya Islas sobre la razón de ser de *Palabras y papel*: “El motivo original de la revista surgió cuando Mireya Robles, José Corrales y yo conversábamos un día buscando la fórmula de comunicar nuestro trabajo poético a otros escritores y personas interesadas en las artes, de una forma que no implicara publicar libros, pues en aquellos momentos eso requería mucho dinero. Se nos ocurrió escoger un poema de cada uno y enviar unas hojas literarias con nuestros trabajos a una lista de correos, no sólo nacional, sino internacional, que teníamos. Yo siempre había estado interesada en el trabajo visual como complemento y lenguaje poético, y se me ocurrió la idea de ilustrar los poemas con collages, que fue el *trade-mark* del cuaderno. Para sorpresa de nosotros, pues medio mundo nos escribió, y mandaron poemas y cartas, y noticias. Eso nos dio fuerza y así continuó por siete años. Este trabajo se hizo con el dinero de nosotros tres (fotocopias, montaje, sellos, etcétera). Y nosotros no pedíamos suscripción, era gratis. A veces, las personas voluntariamente mandaban algo para ayudarnos con los sellos, y eso era muy lindo de verdad. Había periodistas que recibían las hojas y de momento salía en un periódico de México la cubierta de *Palabras y papel* y una pequeña crítica literaria. Al principio hacíamos seis al año y, al final, uno al año. El gasto económico nos hizo parar, pero mientras estuvo en circulación fueron una hojitas literarias muy amadas. Ese es el recuerdo que tenemos” (comunicación personal).



exiliados y los del Mariel sea esa crítica a “toda represión” que va más allá del campo de la política para incluir también la apología de la libertad artística, personal y sexual.<sup>12</sup>

Al mismo tiempo, se iba abriendo paso en las revistas otra perspectiva que correspondía a la generación que había crecido o madurado en los Estados Unidos, perspectiva que, en contraste con la mirada dirigida sólo hacia la isla, implicaba un compromiso con la realidad circundante.<sup>13</sup> Ya en 1967 apareció un artículo de Ricardo Otegy en *Nueva generación*, revista dirigida por José Prince, en la que colaboraron Lourdes Casal, Nelson Valdés y Enrique Baloyra, entre muchos más, que examinaba de forma embrionaria la evolución identitaria de los cubanos en los Estados Unidos. Porque trataba de un tema nuevo, este breve ensayo sólo esbozó las implicaciones de un proceso cultural que recién en aquel momento comenzaba a perfilarse. Otegy señala las ventajas y desventajas de la coyuntura cultural de lo que él llama “generación del 59”, que contaba con unos quince años en 1960. Era el “primer” grupo en ser genuinamente bicultural y bilingüe, habiendo asumido tanto la cultura cubana como la norteamericana. Su posición privilegiada, tanto fuera como dentro de ambas culturas, le permitía valorar sus ingredientes positivos y negativos. A pesar de las ventajas del biculturalismo, el autor concluía que la diferente visión del mundo que acarrea cada cultura traía como consecuencia choques y conflictos inevitables y problemas irresueltos. Por razones obvias, este tópico sería vuelto a tratar por los hijos e hijas del exilio cubano.

En 1985, un artículo de José I. Lasaga aparecido en la revista *Círculo*, del Círculo de Cultura Panamericano, argüía que el término biculturalismo debía adoptarse para describir el proceso de adaptación de jóvenes cubanos en los Estados Unidos. Biculturación era preferible a aculturación o asimilación, ya que estos dos rótulos, aunque más ampliamente utilizados, implicaban un movimiento lineal entre la cultura de origen y la de la sociedad receptora: a la vez que se asimilan elementos de la nueva cultura, se desechan aspectos de la nativa.<sup>14</sup> Esta manera de apreciar el fenómeno cultural distorsionaba la experiencia de los jóvenes cubanos. Anticipando el paradigma propuesto por Gustavo Pérez Firmat en *Life on the Hyphen: The Cuban-American Way* (1994) y otros críticos de su generación, Lasaga opinaba que este grupo lograba dominar ambas culturas de manera equilibrada. Así, Lasaga matizaba el proceso cultural experimentado por la segunda generación.

En las revistas publicadas por esta generación, esa actitud bicultural se manifestaba por la reafirmación de las raíces cubanas en el contexto latinoamericano aun cuando el radio de operación se encontraba en los Estados Unidos, así como, entre las revistas de impronta

<sup>12</sup> Ver, por ejemplo, el dossier “Los cubanos y el homosexualismo” en *Mariel* II.5 (1984), que incluye las “Leyes cubanas contra el homosexualismo”, respuesta del Consejo de Dirección de la revista, redactada por Ana María Simo y Reinaldo García Ramos, a un artículo sobre el mismo tema publicado en *The New York Native*, además de otros documentos sobre la homofobia en Cuba y en Miami. Este tema fue también tratado en otras revistas asociadas con Mariel. Por ejemplo, ver Orlando Jiménez Leal y Néstor Almendros, “In Response to Ruby Rich’s Defamatory Article on our Film ‘Improper Conduct’”, *Unveiling Cuba* 2.2 (1985): 6-8.

<sup>13</sup> La particular localización cultural de esta generación ha sido motivo de varios estudios. Ver, especialmente, Gustavo Pérez Firmat y Eliana Rivero.

<sup>14</sup> Distinciones similares a ésta había hecho en los años cuarenta el etnólogo cubano Fernando Ortiz sobre la cultura isleña al acuñar el vocablo *transculturación* para referirse al proceso cultural sincrético característico de Cuba (y de otras partes del Caribe).

progresista, por el creciente interés y la colaboración con otros grupos hispanos en los Estados Unidos, como puertorriqueños, chicanos, chilenos, dominicanos y otros. Es el caso de *La nueva sangre* y de *Areíto*, cuyos comités de redacción, étnicamente diversos al incluir a otras minorías, al igual que entre sus colaboradores, reflejaban consciencia del compromiso con el entorno inmediato, a través de la alianza con otros grupos minoritarios. Muy probablemente, fue *Areíto* la única revista cubana en divulgar la obra de artistas chicanos, que a fines de los setenta y principios de los ochenta empezaban a gozar del reconocimiento público.<sup>15</sup>

Algunos poemas y artículos claves para entender el proceso a que nos referimos fueron publicados en las revistas cubano-americanas. La ya mencionada *Areíto* publicó en 1976 el poema "Para Ana Veltford", de Lourdes Casal, cuya obra ha sido identificada como una de las primeras expresiones de la sensibilidad cubano-americana.<sup>16</sup> Los dos últimos versos del poema ("demasiado habanera para ser neoyorquina/demasiado neoyorquina para ser, aun volver a ser, cualquier otra cosa") resumían en pocas palabras la identidad bicultural o doble identificación que ha caracterizado a la generación "una y media". En 1983, *Mariel* publicó el poema "Provocaciones", de Gustavo Pérez Firmat, que fuera incluido más tarde en *Bilingual Blues* (1995). El poema es una respuesta al epígrafe de Heberto Padilla: "¿Cómo puede seguir uno viviendo/con dos lenguas, dos casas, dos nostalgias/dos tentaciones, dos melancolías?" El hablante reporta que es imposible singularizar lo que ha sido dividido y "¿cómo no seguir viviendo con dos lenguas casas nostalgias tentaciones melancolías?" Los versos comunican la imposibilidad de evadir la identidad mixta o híbrida que produce esa especial localización del que es íntimo conocedor de dos culturas.

Una década después, en 1993, apareció en *Postmodern Notes/Apuntes Posmodernos* un artículo de Antonio Vera León sobre el sujeto "di-vertido" acerca de los conflictos y las ventajas de la localización bicultural. A diferencia del hincapié en las desventajas de esta posición fronteriza en reflexiones anteriores, el ensayo de Vera León acentuaba, de manera festiva, el provecho que se deriva de la misma. Para este crítico, el biculturalismo permite la elección de discursos emancipatorios derivados de una u otra configuración cultural. Ofrece como ejemplo la adopción de los derechos de los "gays and lesbians" de parte de las minorías sexuales dentro de las comunidades hispanas.

*Postmodern Notes*, que publicó este ensayo, es una de las pocas revistas que ha explorado con cierta continuidad, en los años noventa, la intersección entre lo cubano y lo hispano/latino en los Estados Unidos. Desde la perspectiva posmoderna que ha adoptado, que le permite reconocer, por lo menos en el plano teórico, la imposibilidad de trascender las relaciones de poder ("no hay 'narrativas clave' ni matrices interpretativas privilegiadas", reza la declaración de principios de la revista), ha abierto un espacio a la reflexión de lo cubano en consonancia o en contraposición a otros grupos también provenientes de Latinoamérica.<sup>17</sup> En 1994, la revista publicó un artículo de Román de la Campa, "Dialogue, Diaspora and the

<sup>15</sup> Debo dejar consignada mi participación en la última etapa de *Areíto*, de la que conservo mi afinidad con la literatura chicana y de otras minorías, entre otras cosas.

<sup>16</sup> Ver Eliana Rivero.

<sup>17</sup> Ver Román de la Campa, "Miami, Los Angeles and Other Latino Capitals" (5.1, correspondiente a 1994) y Manuel Cachán, "Bailando salsa con El Súper en Harlem: El testimonio caribeño del barrio" (4.1, de 1993).

Cuban Nation” que refleja estas inquietudes. De corte autobiográfico, el ensayo de De la Campa pareciera ser a primera vista un relato sobre su desilusión con la política de la revolución cubana. De la Campa hace un saldo de su compromiso con el diálogo con Cuba y de los acontecimientos históricos que le hicieron reevaluar dicho compromiso. En otro plano, el ensayo gira en torno a su dilema como cubano progresista y crítico cultural especializado en Latinoamérica en cuanto al lugar privilegiado que ocupa en relación con otros grupos hispanos en los Estados Unidos. Pero a pesar de ese privilegio, entiende que la hispanidad común a todos ellos los constituye, incluyendo a los cubanos, en “otros”. Esta posición intersticial, marginal tanto al país de origen como a la sociedad norteamericana, que exacerba el interés vivo por la identidad, le da pie a sugerir que la búsqueda de la identidad latinoamericana debe emprenderse también aquí, en los Estados Unidos. De esta manera, De la Campa asume una identidad cubana/latinoamericana en el seno de los Estados Unidos que reconoce, como el Martí y el Paz a los que cita, la complejidad de esa íntima y mutua relación. Su ensayo nos sitúa en un espacio transnacional que toma en cuenta a los tres actores principales del drama de la identidad hispana: Latinoamérica, Estados Unidos y las comunidades “latinas” dentro de este último.

El cambio de orientación que observaba Vera León en su artículo y los nexos que señala De la Campa en el suyo se relacionan con la distinción entre exilio y diáspora que han propuesto varios críticos. Barkan y Shelton han señalado en un libro titulado *Borders, Exiles, Diasporas*: “...el exilio connotaba sufrimiento, término negativo que evoca desplazamiento, estado de refugiado y, sobre todo, el mito de un eventual y quizás pronto regreso ... Si el exilio había sido una imposición, la diáspora era ... una solución, la solución indebida” [“exile connoted suffering, a negative term evoking displacement, refugee status, and above all the myth of an eventual, and possibly soon return ... If exile had been an infliction, diaspora was viewed as ... a solution, a wrong solution”] (4-5). Sobre el segundo término puntualizan que “la diáspora es ..., irónicamente, la antítesis exacta de la coherencia e integración internas implícitas en la noción de una cultura nacional” [“diaspora is ..., ironically, the exact antithesis of the internal coherence and integration implied by the notion of national culture” (5)].<sup>18</sup> Me gustaría que se entendieran estas citas de forma positiva. Nico Israel ha señalado que la palabra *diáspora*, generalmente asociada a una pérdida, ha adquirido resonancias positivas porque denota tenacidad, resistencia y la preservación de la fe aun en las peores circunstancias. *Exilio*, continúa Israel, se asocia con la modernidad literaria y con un sujeto coherente y un concepto circunscrito de lugar y hogar. Según el mismo crítico, *diáspora* connota, por el contrario, la hibridez y la “performatividad” que cuestionan algunas nociones como las de dominación cultural, localización e identidad (2-3). Manteniendo presente estas observaciones sobre la diáspora, hay que observar que, si bien no ha sido la tónica predominante, en las revistas literarias se encuentran indicios de esta forma de concebir la cubanidad. Desde los años 80, se manifiesta un interés marcado por la localización de la cultura cubana. Algunas revistas la situaban en territorio cubano mientras que otras adjudicaban al exilio esa representación. Se argumentaba que la cultura cubana se había radicado en el exilio, reencarnada en los escritores, compositores, pintores

<sup>18</sup> Estos comentarios se refieren a los esfuerzos por definir la diáspora judía después de la independencia de Israel en 1948. Sobre los paralelos entre esta diáspora, así como la africana, y la cubana ver Ruth Behar.

y arquitectos emigrados. La que había permanecido en la isla no era representativa de la “verdadera” o “auténtica” cultura cubana. La revista que mejor resume e ilustra esta noción es *Escandalar* en un número correspondiente a 1982 (5.1-2), en cuyo editorial se afirma inequívocamente que “la literatura cubana –más: la cultura en sí, su impulso, está fuera de Cuba”.

Estas propuestas insistían en la superposición de una cultura a un territorio específico, y no es hasta los 90 que se pone en evidencia una interpretación más maleable que acepta la idea de una cultura dispersa por el mundo (o, visto desde otra perspectiva, la idea de un país que reconoce que su cultura y literatura, aunque se exprese en otros idiomas, se extiende más allá de sus fronteras nacionales).<sup>19</sup> Este argumento se refleja de forma concisa en un ensayo de Ruth Behar publicado en un número especial de *Puentelibre*, correspondiente a 1995, editado por Barquet y dedicado a la cultura cubana. Siguiendo una sugerencia de Paul Gilroy referida a la diáspora africana, Behar propone que, dada la dilatación y, en numerosos casos, hasta la renuncia al regreso al país natal, en lugar de “las raíces” se dé prioridad a “las rutas” por las cuales se define el sujeto como cubano. El paralelo con la diáspora africana pareciera ser fructífero en este sentido. Otro crítico de origen caribeño, Stuart Hall, nos recuerda que los descendientes caribeños de los africanos que llegaron al Nuevo Mundo se preguntan sobre la presencia del África en la identidad caribeña, pero que esta nueva África ya no es la original; no puede ser recobrada porque se ha transformado con el tiempo: en conclusión, no hay regreso a la cultura original. De ahí la pertinencia del desplazamiento de las raíces por las rutas (Behar), que implica una noción más dinámica de cultura –cultura como proceso.<sup>20</sup> De esta forma, se acogería la reinención de cubanía de sujetos que pueden autodefinirse como cubanos a pesar de tener sólo una tenue conexión con la isla –por ejemplo, algunos de los ensayistas incluidos en la antología de textos testimoniales *ReMembering Cuba: Legacy of a Diaspora* (2001) editada por Andrea O’Reilly Herrera. La promotora de este proyecto, O’Reilly Herrera, nació en el exilio, hija de una cubana y un irlandés.

---

<sup>19</sup> Se han hecho importantes avances dentro de Cuba en este sentido. *La Gaceta de Cuba*, publicación de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), ha publicado numerosos textos de escritores exiliados que habían sido marginados y de escritores de otras hornadas que escriben parcial o totalmente en inglés. Estos últimos textos han sido recopilados en un volumen titulado *Memorias recobradas*, editado por Ambrosio Fonet. Ver también Vitalina Alfonso, *Ellas hablan de la isla* (La Habana: Ediciones Unión, 2002), un libro de entrevistas con escritoras caribeñas emigradas, incluidas algunas cubanas. También se han publicado ensayos críticos sobre este *corpus* literario. Ver Fonet y Fowler.

<sup>20</sup> Son raros los ensayos en las revistas de la primera ola que encierren un concepto no estático de la cultura cubana. Más bien se refleja el deseo de recuperar una esencia nacional que ha sido profanada por la revolución del 59. Una de las pocas excepciones se debe a Lourdes Casal en la revista *Exilio*, dirigida por Víctor Batista Falla y Raimundo Fernández Bonilla. En un número de 1969 que reúne las ponencias presentadas en la Primera Reunión de Estudios Cubanos coordinada por María Cristina Herrera, Casal cuestiona el uso de la expresión “la tradición nacional cubana” para referirse a algo “dado” y “estático” que no se transforma y que no toma en cuenta los valores y estilos de vida de las diversas sub-culturas que componen lo cubano. Para un ejemplo extremo de la visión criticada por Casal ver Luis Dulzaides, “Antes éramos cultos... y libres”, *Cuadernos desterrados* 11 (1965): 5-7.

En los noventa se detecta un cambio de orientación que permite que el individuo pueda identificarse como cubano *de* otra parte, no *en* otra parte. En el último número de la revista *Palabras y papel* (1981-88) todavía se hablaba de poetas cubanos *en* Washington, D.C., Carolina del Norte, Suráfrica, Nueva York, Venezuela, Nuevo México, Kansas y Miami. La sustitución de una simple preposición por otra da cabida a formas alternativas de pertenecer.

La publicación de *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba*, editada por Behar y Juan León en el *Michigan Quarterly Review* en 1994, representa un hito significativo en el cambio de orientación anotado. Aunque no haya aparecido en una revista cubana, *Bridges* abarcó dos números especiales de esta prestigiosa publicación y casi la totalidad de sus colaboradores son cubanos de ambas orillas. Por su relevancia, fue publicado posteriormente en forma de libro por la editorial de la Universidad de Michigan. Varios de los artículos incluidos allí amplían los límites de lo cubano. Como ha observado Jorge Duany, *Bridges* representa una alternativa al énfasis en las raíces que se refleja en el pensamiento de ensayistas como Ortiz, Vitier y Moreno Fraginals sobre la identidad cubana a lo largo del siglo xx, énfasis que, al afincarse en el terruño, no da cabida a la diáspora. Este es uno de los pocos proyectos editoriales que ha solicitado contribuciones de colaboradores de la isla y la diáspora.<sup>21</sup> La imagen de los puentes que unen el interior y el exterior hace posible la inclusión, en los discursos acerca de la identidad nacional, de los aportes de ambos lados. La diáspora representada en *Bridges*, miembros muchos de ellos de la generación “una y media”, reclama su cubanía desde otras tierras distantes a la vez que se propone redefinir las fronteras de lo cubano a partir de posiciones informadas por una noción más abarcadora de la identidad (María de los Angeles Torres, Lilian Manzor-Coats, Lourdes Gil), por la conciencia feminista (Eliana Rivero) o por el homosexualismo (Flavio Risech), entre otras.

Junto a testimonios sobre la pérdida o mutilación de experiencias vitales truncadas por el destierro, estos relatos, desde distintos puntos de vista, elaboran nuevas propuestas sobre la relación entre la isla y la diáspora, y entre todos los cubanos. Al mismo tiempo, proponen también una revisión a fondo de los parámetros de la cubanidad o “cubanoamericanidad” que han impedido la incorporación, a la definición hegemónica de identidad nacional o cultural, de voces marginadas ya sea por la política, la historia, el género o la preferencia sexual. Sirvan de ejemplo las siguientes citas:

Estamos redefiniendo lo que significa ser cubano/a. Para mí, esto incluye la posibilidad de tener una relación normal con la nación donde nací; para mis amigos en Cuba, una redefinición de la nación. Coincidimos [en este proyecto]. La relación normal con mi patria significa que tiene que llevarse a cabo una redefinición de nación de manera que incluya a los que nos fuimos y a los que están todavía por irse. (María de los Angeles Torres, 428)

Viajar a otro sitio le permitió entender a la Miranda original [el personaje femenino de *La Tempestad*] lo distinta que era su identidad de la ficción que había sido propagada

---

<sup>21</sup> Desde luego, hay antologías que recogen la producción literaria de los de adentro y los de afuera. Por ejemplo, ver Mirta Yáñez, ed., *Cubana. Contemporary Fiction by Cuban Women* (Boston: Beacon Press, 1998).

por su padre simbólico. Las Mirandas de la época actual, entre ellas yo misma, continúan emprendiendo estos viajes, desviándose de las ficciones que sobre la identidad nos imparte la retórica de la asimilación a la “americanidad” ... (Coco Fusco, 481)

[Las fronteras], también internas, nos separan de forma decisiva de cada una de las comunidades en que nos desenvolvemos. Sencillamente, no podemos construir conceptos simples y estables de nosotros mismos como inmigrantes en vías de asimilación. Y quizás más decisivamente, esas fronteras ‘internas’ fragmentan nuestras propias imágenes de quiénes somos, obligándonos a la interrogación continua de nuestras identidades nacionales, políticas, culturales, raciales y hasta sexuales. (Flavio Risch, 528)

... Enfatizo las insuficiencias de categorizaciones culturales e historiográficas conectadas al concepto ‘moderno’ de nación-estado. Sabemos que este concepto de nación-estado excluye a un gran porcentaje de la población mundial ... Esta construcción de nación-estado se relaciona con sistemas de significado convencional que presuponen una identidad nacional singular vinculada a una localización geográfica específica ... Sin embargo, los desplazamientos, el cruce físico de la frontera y la discontinuidad cultural nos obligan a teorizar ‘la identidad nacional’ bajo otra luz, a desarticular en el plano teórico lo que la historia ya ha separado ... (Lilian Manzor-Coats, 749)

Estamos lejos, entonces, de las primeras propuestas que insistían en el retorno como única vía para preservar la identidad cubana o de aquéllas que se acogen al concepto heredado de minoría étnica en vías de asimilación. Las más recientes adoptan una posición crítica ante esas nociones, buscando forjar caminos nuevos que no conducen ni al retorno ni a la asimilación. Se insertan en la realidad que han creado vastos movimientos migratorios como el cubano, sin olvidar en muchos casos la especificidad de la historia isleña y continental.<sup>22</sup>

Parece que hasta esta coyuntura nos llevan las reflexiones sobre la identidad que aparecen en las revistas de la diáspora en los Estados Unidos. Las últimas publicaciones sugieren que el tema seguirá tratándose desde distintas perspectivas, todas ellas con el objetivo común de revisar, redefinir y reconstruir el significado de lo cubano.

Pero las revistas, como se apuntó al principio, ofrecen posibilidades de estudio de otros temas, no sólo de la identidad. Tal vez futuras investigaciones puedan profundizar en cuatro temas inspirados por la lectura de las mismas. El primero tiene que ver con la interpretación de la revolución del 59 como un hecho anómalo que distorsionó y malogró el acontecer histórico de Cuba. Algunos de los artículos aparecidos sobre todo en los sesenta y los setenta giran alrededor del tema de la nación “traicionada” por el triunfo y la política de una revolución que, según esta forma de pensar, era totalmente ajena a su devenir histórico. En este sentido, las revistas del exilio ofrecían una especie de contra-imagen de las explicaciones que, sobre este tema, provenían de la isla, donde se ha defendido la idea de la continuidad histórica representada por las guerras independentistas de fines del siglo XIX, luego la

<sup>22</sup> Desde luego, estas nuevas maneras de asumir la identidad repercuten en la cultura nacional tanto de Cuba como de los Estados Unidos. Estas implicaciones caen fuera del tema de nuestro estudio.

revolución del 33, hasta culminar en el triunfo del 59. ¿En qué se basaban los escritores exiliados para referirse a la distorsión causada por el proceso revolucionario? ¿Y qué lecciones pueden derivarse del choque de interpretaciones sobre la historia ?

El segundo tema guarda relación con la conformación del canon literario cubano. Las revistas de los ochenta, sobre todo, trataron de divulgar la obra de escritores marginados o silenciados por la política oficial de la revolución que asignó una importancia inusitada al aliento épico en la literatura, o la de escritores que, por haberse exiliado, enfrentaban numerosas dificultades para publicar su obra. En todos los casos, sin embargo, se apoyaba a escritores que ya tenían un prestigio garantizado. Recuperar escritores canónicos que habían sido marginados era el principal propósito. Pero tal parece que no hubo la intención de reevaluar o revalorar la obra de escritores considerados “menores” o de figuras como la de Dulce María Loynaz, redescubierta recientemente. ¿Qué motivos han dado lugar a esta situación? ¿Es que la literatura cubana se ha mantenido al margen de los esfuerzos que se han llevado, en otras literaturas nacionales, por emprender relecturas del canon? ¿A qué se debe el exiguo interés en esas relecturas?

Finalmente, llama la atención que pese a la participación muy activa de mujeres escritoras, algunas de las cuales dirigieron con éxito varias de las revistas culturales del exilio, se refleje poca preocupación y menor interés por teorizar sobre la literatura femenina o feminista. Salvo muy contadas excepciones, no se dedicaron números especiales a la literatura escrita por mujeres. ¿A qué se deben estos silencios? Sería conveniente determinar qué se hizo propiamente en este terreno y profundizar en el tema, especialmente si una de las posiciones críticas ante las exclusiones que plantea el concepto tradicional de identidad viene, como hemos visto, de entre las filas del feminismo.

Finalmente, hay que recordar que las revistas aparecidas desde los años sesenta representan sólo la última etapa de las publicaciones periódicas cubanas en los Estados Unidos. Como puede constatar en una de las monografías de Louis A. Pérez, Jr., hay un buen número de revistas decimonónicas cuyo estudio todavía está por enlazarse con las del siglo recién finalizado. Sería conveniente comparar, entre otros factores, la relación que establecen con la sociedad anfitriona desde su posición exílica o migratoria.

Desde luego, los cuatro temas señalados no agotan las posibilidades de estudio que prometen las revistas culturales de la diáspora. Instamos a otros investigadores a que identifiquen temas adicionales y continúen aportando a su estudio.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Iván, et al. “Carta abierta a Joseph Papp”. *Mariel* II/7 (1984): 35.
- Arenas, Reinaldo. “Los dispositivos hacia el norte”. *Escandalar* 5/1-2 (1982): 197-219.
- \_\_\_\_\_. “La represión (intelectual) en Cuba”. *Escandalar* 4/1 (1981): 90-93.
- Armand, Octavio. “Borrón y cuenta nueva”. *Escandalar* 4/1 (1981): 81-89.
- \_\_\_\_\_. “Minidiscursio para borrar al escritor cubano del exilio”. *Escandalar* 3/2 (1980): 86-89.
- Barkan, Elazar, y Marie-Denise Shelton, eds. *Borders, Exiles, Diasporas*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1998.

- Barquet, Jesús J. "Cintio, Fina, Martí y la cultura cubana". *Mariel* 2/8 (1985): 14-15.
- \_\_\_\_\_. "La generación del Mariel". *Encuentro de la cultura cubana* 8/9 (1998): 110-125.
- Behar, Ruth, ed. *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1995.
- \_\_\_\_\_. "Cuba y su diáspora". *Puentelibre* II. 5-6 (1995): 13.
- Behar, Ruth y Juan León, eds. "Bridges to Cuba/Puentes a Cuba". *Michigan Quarterly Review* XXXIII/3-4 (1994).
- Campa, Román de la. "Dialogue, Diaspora and the Cuban Nation". *Postmodern Notes/ Apuntes posmodernos* 4/2 (1994): 3-19.
- Casal, Lourdes. "Comentarios a la ponencia sobre 'La juventud del exilio y la tradición nacional cubana'". *Exilio* 3-4 (1969): 285-286.
- \_\_\_\_\_. "Para Ana Veltford". *Areíto* III/1 (1976): 52.
- Cuesta, Leonel de la. "Las revistas literarias de los exiliados entre 1959 y 1979". *Cuba: exilio y cultura. Memoria del Congreso del milenio*. Julio E. Hernández-Miyares, ed. Miami: Ediciones Universal, 2002. 103-109.
- Duany, Jorge. "Reconstructing Cubanness: Changing Discourses of National Identity on the Island and in the Diaspora during the Twentieth Century". *Cuba, the Elusive Nation. Interpretations of National Identity*. D.J. Fernández y M. Cámara Betancourt, eds. Gainesville: University Press of Florida, 2000. 17-42.
- Fernández, Damián J. y Madeline Cámara Betancourt, eds. *Cuba, the Elusive Nation. Interpretations of National Identity*. Gainesville: University Press of Florida, 2000.
- Fernández Retamar, Roberto. "Casi cien años de revistas culturales hispánicas". *Revista bimestre cubana* LXXVIII (1995): 7-21.
- Fornet, Ambrosio. "La diáspora cubana y sus contextos". *Casa de las Américas* 222 (2001): 22-29.
- \_\_\_\_\_. *Memorias recobradas*. Santa Clara, Cuba: Ediciones Capiro, 2000.
- Fowler, Víctor. "Miradas a la identidad en la literatura de la diáspora". *Temas* 6 (1996): 122-132.
- Fusco, Coco. "El Diario de Miranda/Miranda's Diary". *Michigan Quarterly Review* XXXIII/3 (1994): 477-495.
- García, María Cristina. *Havana USA: Cuban Exiles and Cuban Americans in South Florida, 1959-1994*. Berkeley: University of California Press, 1996.
- González Echevarría, Roberto. "Criticism and Literature in Revolutionary Cuba". *Cuban Studies/Estudios Cubanos* 11/1 (1981): 1-17.
- Israel, Nico. *Outlandish: Writing Between Exile and Diaspora*. Stanford: Stanford University Press, 2000.
- Lasaga, José I. "¿Aculturación o integración cultural?" *Círculo* XIV (1985): 49-55.
- Leyva Martínez, Ivette. "Revistas literarias: desafiando los rigores del páramo". *Encuentro de la cultura cubana* 18 (2000): 155-162.
- Manzor-Coats, Lilian. "Performative Identities: Scenes Between Two Cubas". *Michigan Quarterly Review* XXXIII/4 (1994): 748-761.
- Méndez Rodenas, Adriana. "Diáspora o identidad: ¿Adónde va la cultura cubana?" *Revista Hispano-cubana* 8 (2000): 43-56.



- O'Reilly Herrera, Andrea. *ReMembering Cuba: Legacy of a Diaspora*. Austin: University of Texas Press, 2001.
- Oteguay, Ricardo. "¿Aquí se habla español?" *Nueva generación* 13 (1967): 5-6.
- Pérez Firmat, Gustavo. *Bilingual Blues*. Tempe, AZ: Bilingual Press/Editorial Bilingüe, 1995.
- \_\_\_\_\_. *Life on the Hyphen: The Cuban-American Way*. Austin: University of Texas Press, 1994.
- \_\_\_\_\_. "Provocaciones". *Mariel* 1/3 (1983): 4.
- Pérez Jr., Louis A. *On Becoming Cuban: Identity, Nationality, and Culture*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.
- Prado, Pura del. "La calle Padre Pico". *Círculo* Año X, Vol. IV, 1-3 (1972): 39-48.
- Rama, Angel. "Política y naturaleza de los exilios latinoamericanos". *Escandalar* 4/1 (1981): 77-80.
- Risech, Flavio. "Political and Cultural Cross-Dressing: Negotiating a Second Generation Cuban-American Identity". *Michigan Quarterly Review* XXXIII/3 (1994): 526-540.
- Rivero, Eliana S. "From Immigrants to Ethnics: Cuban Women Writers in the U.S." *Breaking Boundaries: Latina Writing and Critical Readings*. Asunción Hornodelgado et al., eds. Amherst: The University of Massachusetts Press, 1989. 189-200.
- \_\_\_\_\_. "'Fronterisleña': Border Islander". *Michigan Quarterly Review* XXXIII/4 (1994): 669-674.
- Rojas, Rafael. "Díáspora y literatura. Indicios de una ciudadanía postnacional". *Encuentro de la cultura cubana* 12/13 (1999): 136-46.
- Sarduy, Severo. "Como una oruga que humedece el gris". *Escandalar* 5/1-2 (1982): 29-33.
- \_\_\_\_\_. "Unidad de lugar". *Linden Lane* 1/3-4 (1982).
- Torres, María de los Angeles. "Beyond the Rupture: Reconciling with Our Enemies, Reconciling with Ourselves". *Michigan Quarterly Review* XXXIII/3 (1994): 419-436.
- Vera León, Antonio. "A Garden of Forking Tongues: Bicultural Subjects and an Ethics of Circulating in and out of Ethnicities". *Postmodern Notes/Apuntes Posmodernos* 3/2 (1993): 10-19.